

De Natura Rerum Confesiones íntimas*

Yo soy aldeano. Nací y me crié en la aldea, a orillas del mar, viendo mis infantiles ojos, de cerca y perennemente, la Naturaleza. No me eduqué con libros sino con crepúsculos. Mi profesor de Religión fue mi madre y lo fue después el firmamento. Mis maestros de Estética fueron el paisaje y el mar; mi libro de Moral fue la aldehuela de San Andrés de los Pescadores, y mi única filosofía la que me enseñara el cementerio de mi pueblo.

Yo dejé el pueblo amado de mi corazón a los nueve años. Vine a la Metrópoli. Mi corazón era entonces transparente y claro como la ola matutina; mi conciencia se traslucía como el agua de los pozos que hacen en San Andrés los aldeanos; mi ingenuidad y mi candor sólo eran comparables a la ingenuidad y al candor de Jesucristo a los nueve años. Yo vine aquí para educarme, para

* *De Natura Rerum*: En latín, «de la naturaleza de las cosas» (nota de Ricardo González Vigil).

poseer todas las verdades. Venía a leer la suma sabiduría que veinte siglos amontonaron en las academias y en las bibliotecas; venía a conocer todas las leyes, todos los principios. Y así, sediento, ansioso, inquieto y febril; busqué, leí, analicé, comparé, pensé. Mi espíritu sufrió toda suerte de cambios. A los quince años fui materialista. A los diez y siete fui místico. Dudé a los diez y nueve; a los veintiuno me creí en posesión de la verdad. A los veinticinco mi conciencia era un grito crispante de desesperación y desconsuelo. Un día vi florecer mis ideas, luego las vi bambolearse y, en fin, llegó el trágico instante en que vi que todos mis sistemas y todas mis conclusiones habían sido vanos y pueriles juegos de un malabarismo lógico, de una inconsistencia sofisticada. Mis lamentos espirituales eran como manos crispadas que se extendieran en la sombra espesa. Un día me creí loco a fuerza de preguntar sin obtener respuesta, de clamar sin encontrar el eco, de accionar sin conocer la reacción. Cuando creía aprisionar una verdad definitiva, sólo encontraba el vacío intangible, a la manera de un alucinado. Así mi vida ha sido la más perenne y lacerante tortura. Llegué a odiar los libros, los sistemas, los principios, las leyes, las fórmulas, los métodos. Pensé que lo mejor era vivir el instante sin pasado y sin porvenir; sostuve ante mi conciencia que la realidad no existía; acepté el dictado de que los

muertos mandan, que los hombres somos frágiles juguetes y me abandoné al acaso sin preocupaciones hondas. Más tarde reaccioné creyendo que la verdad era la esperanza y que el porvenir era la verdad. Llegué a amar la muerte y a pensar en el suicidio. Quise después, desengañado, derrochar mi vida y vivirla de prisa y me entregué a todos los placeres, como un jugador ebrio que dispusiera de inmensos caudales y los jugara rápidamente para agotarlos más pronto. Creí en la vida y odié la vida; creí en el amor y odié el amor; creí en la ciencia y odié la ciencia; creí en la muerte y odié la muerte. Ensayé todos los caminos. Como en un ansia de objetivismo que podía alejarme de mi conciencia y de mis inquietudes mentales, me dediqué a escribir, a pintar, a observar. Los dolores del mundo, estos dolores que intimidan tanto a las almas medrosas, comenzaron a asietarme, y quien, como yo, tenía otros dolores más puros y más hondos, más nobles y más eficaces, desdeñó los dolores del mundo. Lo que en otros pudiera crear la congoja sangrante, en mí producía una sonrisa compasiva, o indiferente, o desdeñosa. Así llegué a mis veintiocho años.